

Arquidiócesis de México.  
Comisión de Pastoral Familiar.

# “Matrimonio y familia: camino de espiritualidad, amor y comunión”

Subsidio para el mes de la familia.



Marzo 2017



- La espiritualidad del amor familiar está hecha de miles de gestos reales y concretos, la presencia del Señor habita en la familia real. *AL 315*
- La oración en familia es un medio privilegiado para expresar y fortalecer la fe pascual. *AL 318*
- Dios los llama a engendrar y a cuidar. Por eso mismo, la familia «ha sido siempre el “hospital” más cercano». Curémonos, contengámonos y estimulémonos unos a otros, y vivámoslo como parte de nuestra espiritualidad familiar. *AL 321*

**Elaborado por:** Comisión Arquidiocesana de la Pastoral Familiar  
Marzo 2017  
“Mes de la Familia”

## Preámbulo.

En el capítulo noveno de la Exhortación apostólica post-sinodal sobre el amor en la familia *Amoris Laetitia*<sup>1</sup> (AL) se nos ofrecen algunas “notas fundamentales” de la espiritualidad específica del matrimonio y de la familia, a la cual ya se refería el Concilio Vaticano II en el número cuatro del Decreto Apostólico *Actuositatem*; es más, ahí los padres conciliares ya hablaban de que la espiritualidad del estado del matrimonio y de la familia debía asumir “características peculiares”; es decir, propias de tal estado. Y esto porque, como señala al inicio de este capítulo la AL, “la caridad adquiere matices diferentes, según el estado de vida al cual cada uno haya sido llamado”<sup>2</sup>.

En efecto, como dice la Carta a los Romanos, si “en Dios no hay acepción de personas” (2, 11), de igual manera el Amor de Dios es no sólo personal -pues Dios nos ama a cada uno de la forma como Él sólo puede amar y porque sólo así Él puede amar: infinitamente-, sino que también brinda a cada estado de vida un amor que adquiere dimensiones muy específicas, “características” muy concretas, que encarnan el mismo Amor de Dios de manera concreta y de acuerdo a las necesidades, exigencias y posibilidades de cada persona, de cada uno de sus hijos. En el caso del matrimonio el Amor de Dios presenta unos caracteres del todo particulares, únicos; y lo mismo dígame de la familia que se funda en el matrimonio entre un hombre y una mujer unidos en un amor único y total, exclusivo y fiel, un amor sólido ante el cual “nada ni nadie” los puede separar, a no ser la muerte. Sí, el amor matrimonial, si es tal de verdad, es “hasta la muerte”.

Es por eso que, con el fin de ayudar a profundizar y comprender esta afirmación y propuesta de la AL de que existe una “espiritualidad matrimonial” y una “espiritualidad familiar”, al mismo tiempo que se busca ofrecer una reflexión que ayude sobre todo a vivirla, durante el mes de marzo de este año 2017, “Mes de la Familia”, la Comisión Arquidiocesana de Pastoral Familiar propone a la Iglesia local, a los

---

1 Cap. IX: “Espiritualidad matrimonial y familiar”. De ahora en adelante nos referiremos a la Exhortación apostólica como “AL”.

2 AL, n. 313.

párrocos, y de manera particular a las familias de la Arquidiócesis, este subsidio, compuesto de cuatro temas, el cual sigue paso a paso la Exhortación postsinodal en el tema de la “espiritualidad matrimonial y familiar”, título del último capítulo del documento. Lo hacemos con la esperanza de que pueda ser de utilidad a todos los fieles a crecer en este ámbito específico de la vida familiar cristiana.

Por tanto, proponemos un tema para cada uno de los domingos del mes. Lo ideal es que en cada parroquia se convoque a las familias para analizar en forma de taller este documento, y que posteriormente cada uno de los miembros de la familia, una vez reflexionado y meditado al respecto, pueda compartir lo que cada tema le haya podido inspirar, llevando un propósito concreto para esa semana. Creemos que ello puede ser de gran enriquecimiento para todos en la propia familia, además de ser una manera muy concreta de sacar un fruto real de la Amoris Laëtitia y aplicarlo a nuestra vida matrimonial y familiar, ya que no por nada el documento ha querido culminar todo su análisis, meditación y líneas de acción precisamente con este tema de la espiritualidad.

A continuación del comentario sobre cada tema se propone un cuestionario, el cual pudiera también ofrecer un apoyo para la reflexión comunitaria en el ámbito familiar y parroquial. Claro está que pueden surgir otras preguntas e inquietudes; las que aquí se ofrecen son sólo indicativas de por dónde puede fluir la puesta en común.

Finalmente, se termina cada tema con una oración que toma pie de cada una de las cuatro estrofas de la bella “Oración a la Sagrada familia” con la que concluye la AL <sup>3</sup>, la cual afronta precisamente la temática en clave orante, pues sabemos bien que, al final de cuentas, una fe que no es viva, y que, por lo tanto, no se hace oración y alabanza, es una fe todavía incompleta, o al menos se trataría de una fe ni plena, ni lograda, ni del todo viva.

---

3 Cfr. AL, n. 325.

## I. PRIMERA SEMANA DE MARZO:

### “La comunión familiar, camino de santificación”

#### Espiritualidad de comunión sobrenatural<sup>4</sup>.

##### 1. Objetivos:

- Que los miembros de la familia reconozcan lo importante de tener a Jesús como centro de su vida.
- Descubra la familia que desarrollar una espiritualidad le permite crecer en el amor a Dios, nos fortalece para buscar su voluntad y permite vivir una comunión con el Padre celestial y entre los miembros de la familia.

##### 2. Oración inicial:

¡Oh Dios!, que en la Sagrada Familia nos dejaste un modelo perfecto de vida familiar, vivir en la fe y la obediencia a Tú voluntad, concédenos fuerza para permanecer unidos en el amor, la generosidad y la alegría de vivir juntos los valores que fortalecen la misión de transmitir la fe que recibimos de nuestros padres. Unidos a José y María te lo pedimos por Jesucristo, Tu Hijo, Nuestro Señor. Amén.

##### 3. Texto Bíblico:

*“Te pido que todos sean uno lo mismo que lo somos tú y yo, Padre. Y que también ellos vivan unidos a nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta, y el mundo pueda reconocer así que tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a mí”. Jn. 18, 21-23*

##### 4. Desarrollo del tema:

Una intuición teológica muy profunda de la Exhortación -apenas insinuada, pero que sería muy interesante profundizarla y desarrollarla- en este apartado es el anotar que así como en la fe católica se habla del misterio de la “inhabitación” de la Santísima Trinidad en el corazón de la

---

4 AL, nn. 314-316.

persona que vive en gracia, también podemos hablar de tal “inhabitación” “en el templo de la comunión matrimonial”<sup>5</sup>. Por tanto, podemos decir que el Dios trino inhabita -habita en- en la unión misma entre esposa y esposo, cuando dicha unión es de verdad un “amor conyugal que le da gloria”. Es decir, cuando se trata de un amor esponsal que con su mismo ser y sus actos le da la gloria debida a Dios Nuestro Señor. Por eso la AL enseñará que “la espiritualidad matrimonial es una espiritualidad del vínculo habitado por el amor divino”. Y ésta es la gran diferencia entre el matrimonio civil, del contrato meramente humano, y el matrimonio sacramento. Esto es una gran verdad y una alegre noticia. Si los esposos cristianos se dan cuenta de esto y, con la ayuda de la gracia, profundizan en esta realidad sobrenatural de su comunión en cuanto cónyuges, su vida matrimonial se convierte de verdad en lo que ella significa, es decir se transforma en un amor de verdad sobrenatural: el amor de Cristo por su Iglesia, como enseñará san Pablo<sup>6</sup>.

Lo mismo ha de decirse con respecto a la comunidad familiar, basada en el matrimonio-sacramento, ya que “la presencia del Señor habita en la familia real y concreta, con todos sus sufrimientos, luchas, alegrías e intentos cotidianos”. Al igual que en el caso del matrimonio, cuando una familia es consciente de esta realidad, entonces de verdad la vida familiar se convierte en el lugar donde el Señor se percibe como ‘el viviente’, y Él se muestra realmente en la vida de todos los días.

Podríamos decir, pues que, una “espiritualidad de la comunión sobrenatural” es, por una parte, una espiritualidad ‘encarnada’, es decir una espiritualidad en la que Cristo se hace presente y permea todas las relaciones interpersonales, juntamente con todos “los gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias de los hombres de nuestros tiempos”, que no son sino “a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo”<sup>7</sup>. Una “espiritualidad de la comunión sobrenatural” en la familia, por otra parte, está “hecha de miles de gestos reales y

---

5 En la homilía de la Misa que tuvo en el Parque de Bresso, en Milán, Italia, el 3 de junio de 2012, el Papa Emérito Benedicto XVI comenta también este tema y lo profundiza de manera magistral y completa.

6 Cfr. Ef. 5, 22-33. Sobre el tema del matrimonio sacramento ver el discurso de Benedicto XVI a los Presidentes de las Comisiones Episcopales para la Familia y la Vida de América Latina en Roma del 3 de diciembre de 2005.

7 Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, Proemio, n. 1.

concretos". Y, por otra, se trata de una espiritualidad auténtica, "ya que cuando se vive en familia, allí es difícil fingir y mentir", es decir "no podemos mostrar una máscara". Es decir, en la familia somos lo que somos, somos como somos, tal cual somos; y somos aceptados y amados por lo que somos, no por lo que hacemos ni dejamos de hacer, ni mucho menos por lo que tenemos o dejamos de tener. Y es por eso por lo que los padres sinodales afirmarán que "si el amor anima esa autenticidad, el Señor reina allí con su gozo y con su paz". Por eso en la familia nos sentimos 'en casa', y no sólo por tratarse de nuestra casa, sino porque de verdad nos sentimos en 'nuestro lugar', en donde vivimos y mostramos nuestro verdadero ser, sin temor a ser juzgados o criticados por lo que somos y por cuanto somos, y por supuesto sin miedo a ser rechazados. En la familia somos bien recibidos y acogidos por el simple hecho de ser miembros de ella, por ser parte de esa comunidad de amor.

Ahora bien, se trata de ir más allá del sólo 'formar parte'. Una verdadera comunidad de vida implica que cada uno aporta la riqueza de su propia persona, sus cualidades y talentos, al mismo tiempo que cada uno sabe. Es entonces cuando "una comunión familiar bien vivida es un verdadero camino de santificación en la vida ordinaria", al mismo tiempo que se convierte en camino de "crecimiento místico", es decir un "medio para la unión íntima con Dios". Es decir, la vida familiar misma se convierte en oración, pero no cualquier tipo de oración, sino, como anota la AL, una oración "mística". Y, como sabemos, la mística es el grado supremo de oración, el nivel de unión contemplativa con Dios. Esto pudiera parecer excesivo; puede ser. Pero por eso el documento subraya el hecho de que tal comunión familiar ha de ser "bien vivida", es decir, haciendo que "las exigencias fraternas y comunitarias de la vida en familia" sean "una ocasión para abrir más y más el corazón", lo cual "hace posible un encuentro con el Señor más pleno".

A este punto la AL cita diversos pasajes de la primera carta de san Juan, la cual se centra en el amor. Ahí el discípulo amado nos recuerda que quien no ama a su hermano "está en las tinieblas" (1 Jn, 2,11) y "permanece en la muerte" (1 Jn 3,14); y esto porque "no ha conocido a Dios" (1 Jn, 4,8). Porque "sólo si nos amamos unos a otros Dios permanece en nosotros, y su amor ha llegado a nosotros en su plenitud" (1 Jn, 4,12). Y luego cita la primera encíclica del Papa Emérito Benedicto

XVI -la cual versa precisamente sobre el amor y también se coloca muy en la línea del cuarto evangelio al utilizar la analogía de la luz como imagen del amor-, en la que dice el gran Papa alemán que “cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios”<sup>8</sup>. Y poco más adelante añadiría que “el amor era, finalmente, la única luz que “ilumina constantemente a un mundo oscuro”<sup>9</sup>.

Por lo tanto, si queremos iluminar a nuestro mundo, el cual siempre está tentado de permanecer en la oscuridad y en la muerte del olvido de Dios y el desconocimiento de Cristo, lo primero que hemos de hacer es vivir esa luz, es decir el amor que Cristo nos ha traído, en el seno de nuestras propias familias. Es de ahí que vendrá, que viene constantemente, la renovación del amor en el mundo. En ese sentido la misión de la familia en el mundo, por cuanto se refiere a la evangelización, es quizás mucho más importante y trascendente de lo que se pueda pensar. Misión, pues, por demás urgente, hoy más que ayer, dadas las circunstancias actuales no sólo de descristianización de las sociedades, sino de su simple y llana deshumanización. Y esto porque la familia, fundada sobre el amor entre un hombre y una mujer, es la primera comunidad de amor, la comunidad humana originaria, primordial. Por eso al final de este apartado la AL, recordando aquello que san Juan Pablo II afirmaba en su encíclica sobre la acción de los fieles laicos en el mundo de que “la persona humana tiene una innata y estructural dimensión social”, y puesto que también “la expresión primera y originaria de la dimensión social de la persona es el matrimonio y la familia”, afirma que precisamente aquello que antes ya recordábamos la espiritualidad misma “se encarna en la comunión familiar”. Por ello dirá que es un error pensar que la familia “aleja del crecimiento en la vida del Espíritu”. Es más, precisamente la vida es un camino que el Señor utiliza para llevar a los miembros de la familia “a las cumbres de la unión mística”.

Creemos que cuanto se viene diciendo en los párrafos anteriores es algo muy importante; una veta en la que hay que meditar y profundizar. Es más, puede ser que, de hecho, sea algo del todo original, y, por lo tanto, a nuestro parecer, una tarea a desarrollar en ámbito de la

---

8 Deus charitas est, n. 16.

9 Ibid., n. 39.



espiritualidad católica, pero que está seguramente llamada a producir abundantes frutos de santidad matrimonial y familiar. Decir que la vida familiar de todos los días, con sus “gestos concretos” y ordinarios no sólo no obstaculiza la vida espiritual de los miembros de la familia, sino que, por el contrario, es el camino ordinario para que todos y cada uno de ellos lleguen a la “unión mística”. Por eso anotará la AL que “en esa variedad de dones y de encuentros” -en la que consiste precisamente la vida familiar ordinaria a través del tiempo-, los cuales “maduran la comunión” interpersonal, “Dios tiene su morada”. Y citando al Concilio Vaticano II se dirá también que “esa entrega asocia ‘a la vez lo humano y lo divino’<sup>10</sup>, porque está llena del amor de Dios”. Y podemos decir que cuando de verdad los miembros de una familia “se entregan” unos a otros, entonces la vida familiar se convierte en una especie de antesala del cielo ya en esta tierra, porque todo, las alegrías y dolores, los gozos y los sufrimientos, absolutamente todo se transforma en amor divino, en gracia de Dios, en visión y felicidad sobrenaturales.

## 5. Caso o hecho de vida.

El ejemplo de tantas familias cristianas auténticas da la razón a estas afirmaciones contundentes; de manera especial la dan el testimonio de familias santas a lo largo de la historia. Pensemos, por ejemplo, en familias en las que incluso varios de sus miembros son santos canonizados. Como es el ejemplo de la familia de San Basilio, obispo de Cesarea, y de su hermano San Gregorio, obispo de Nisa, del siglo IV, del así llamado “siglo de oro” de los padres griegos, y que junto con san Gregorio Nazianzeno son llamados los grandes “Padres capadocios”.

Un testimonio de familia santa, ciertamente más cercano a nosotros en el tiempo, lo encontramos en la familia de Santa Teresita del Niño Jesús. Ya no es sólo ella santa canonizada, sino también sus padres, Luis Martín y Celia Guérin, beatificados en 2008 por Benedicto XVI y canonizados en 2015 por el Papa Francisco. Y claro está que no fueron canonizados por tener una hija santa del tamaño de Santa Teresita, tan querida en el mundo entero. Ciertamente la “Historia de un alma” de esta carmelita de excepción, que recoge sus manuscritos autobiográficos, es una de las obras del catolicismo con mayor número de reimpressiones y traducida a

---

10 Gaudium et spes, n. 49.

más lenguas, una obra mayor de literatura espiritual. Y a pesar de haber muerto como carmelita a escasos 24 años, en 1997 santa Teresita fue proclamada doctora de la Iglesia por el entonces Papa Juan Pablo II, quien tenía una especial devoción y cariño a la santita. Su “caminito espiritual”, pues, hecho de sencillez pero gran profundidad mística en cuanto al conocimiento de Dios y del Evangelio, sin duda ha dado abundantes frutos en la Iglesia e incluso fuera de ella, pues la pequeña Teresa es amada más allá de los límites visibles de la Iglesia fundada por Cristo. De nuevo, he ahí los ‘frutos místicos’ de una familia santa. Ahora bien, insistimos, la declaración de santidad de este matrimonio no es por haber tenido cinco hijas religiosas -cuatro carmelitas en el Carmelo de Lissieux (además de santa Teresita, María, Paulina y Celina), y una en la Visitación de Caen (Leonia, y sierva de Dios, cuya causa de beatificación fue abierta en el 2015)- sino debido -como ocurre en toda elevación a los altares- a la vivencia heroica de las virtudes. Vivieron virtuosamente en lo individual y como pareja durante los 19 años de su vida matrimonial, cejada por la muerte de ella debida a un cáncer; él moriría años después debido a una arteriosclerosis cerebral en un hospital psiquiátrico.

Debido a la mentalidad de la época, al inicio de su matrimonio Luis y Celia creían que esta vocación era muy inferior a la vida religiosa, casi algo a lo cual se tenían que ‘resignar’ al no haber sido aceptados cada cual en la vida consagrada cuando años antes le habían dado la oportunidad a Dios para descubrir si Él los llamaba a la entrega total; tanto es así, que decidieron de común acuerdo vivir en continencia, lo cual hicieron durante los primeros diez meses de su matrimonio. Y no fue hasta que su director espiritual les hizo ver que se habían casado para formar una familia que comenzaron a vivir de manera plena y completa su compromiso conyugal. Con todo, es un hecho que su decisión inicial de vivir en total castidad respondía a algo más profundo: percibían con seguridad claramente aquello que enseñaba san Juan Pablo II de que “un amor que no es ‘hermoso’, es decir, un amor que queda reducido a la satisfacción de la concupiscencia, a un ‘uso’ mutuo del hombre y de la mujer, hace que las personas lleguen a ser esclavas de sus debilidades”<sup>11</sup>. Ahora bien, ambos tenían una conciencia clara de que en cualquier vocación Dios llama a la santidad de vida y también

---

11 Carta a las familias (1994), n. 13.

da la gracia y la fuerza para vencer el egoísmo y el pecado, y así poder llegar a ser precisamente santos de acuerdo al estado de vida al que se es llamado. Y es bello observar cómo él la consideraba a ella una santa; a su vez ella pensaba lo mismo de él, tanto así que en una carta a una amiga le comenta cuánto le desea a las demás esposas que puedan tener maridos santos como el suyo.

En fin, cada uno y como esposos supieron imbuir un espíritu profundamente cristiano en todas sus hijas. El resultado fue una familia realmente santa. Ahora bien, ciertamente ni Dios ni la vida misma les ahorraron dificultades, dolores y sufrimientos; pero supieron llevar con fe las heridas de la vida ordinaria, como la muerte de cuatro de sus nueve hijos cuando eran muy pequeños, o bien las enfermedades graves de Leonia. Pero sobre todo sufrieron, al punto de la desesperanza, el temperamento rebelde e incluso huraño de la futura religiosa visitandina cuando niña, quien solía aislarse de ellos. Sin embargo, ellos nunca dejaron de confiar en Dios. He ahí otro bello ejemplo de una vida de familia que ‘produce’ santos y místicos del amor matrimonial y familiar a partir de una vida cristiana del todo ordinaria, en la que Dios era siempre lo primero y “el primero al que hay que servir”, como solía decir e inculcar en sus hijas este matrimonio santo.

## **6. Preguntas para la reflexión en familia:**

- ¿Podemos decir que en nuestra familia existe y se vive una espiritualidad? Si sí: ¿cómo es dicha espiritualidad? Si no: ¿cómo pudiera ser ésta? ¿Cómo nos gustaría que fuera ésta?
- De cuanto hemos visto en este tema ¿qué elementos nos podrían ayudar a desarrollar o incrementar nuestra espiritualidad familiar?
- ¿Es para nosotros, como matrimonio y familia, causa de una gran alegría el saber que el Señor está realmente presente y habita en nuestra vida, tanto en las alegrías como en las tristezas? Y por eso ¿hemos aprendido en familia a ser sinceros, transparentes, auténticos unos con otros, a ser como somos, sin caretas ni “máscaras”, porque confiamos los unos en los otros, y nos sabemos amados y aceptados los unos por los otros tal cual somos?
- ¿Qué características encontramos en la Sagrada Escritura o bien podemos deducir de cuanto éstas nos dicen sobre las relaciones

entre María y José primero, y entre ellos y Jesús después, para buscar imitar esas mismas cualidades en las relaciones entre los miembros de nuestra propia familia?

**7. Compromiso.** Cada uno de los integrantes expresa su compromiso para realizarlo en su familia.

## **8. Oración**

*“Jesús, María y José,  
en vosotros contemplamos  
el esplendor del verdadero amor,  
a vosotros, confiados, nos dirigimos”.*

*A ustedes acudimos para tenerlos como ejemplo de familia y de vida familiar. Les pedimos las gracias necesarias para que nuestra familia sea un oasis de amor en medio de la precariedad y límites de nuestra existencia terrena. Les rogamos nos alcancen, con su poderosa intercesión ante Dios, las virtudes indispensables para que en nuestra convivencia familiar sea lo más parecida a la de ustedes, llena de amor y delicadeza, de profunda comprensión y paciencia, de humildad total y admirable sencillez. Alcáncennos de manera especial las virtudes cristianas, y de manera especial la humildad, la paciencia y la caridad, que es mucho más que sólo amor humano, pues es amor divino. Somos conscientes de que solos no podemos. Sabemos bien que sin Él, Dios, y sin ustedes, no podemos vivir según el Ideal de familia que Dios quiere para nosotros. Y también sabemos que con Dios todo lo podemos, que con Él de nuestra parte podemos no sólo superar nuestra humana fragilidad y miseria, sino que Él los sana con su Misericordia, y con su Amor podemos hacer que se conviertan en plataforma para ser cada vez mejores personas, mejores cristianos, mejores esposos, mejores padres, mejores hijos... en fin, mejores familias. Te pedimos especialmente a ti, Virgen Santísima, la gracia de poder vivir la belleza del amor en familia. Tú que eres -como gustaba repetir ese fidelísimo hijo todo tuyo que fuera san Juan Pablo II- “Madre del amor hermoso”.*

*“Jesús, María y José, escuchad, acoged nuestra súplica. Amén”.*

## II. SEGUNDA SEMANA DE MARZO:

### “Cristo ilumina toda la vida familiar”

Juntos en oración a la luz de la Pascua<sup>12</sup>.

#### 1. Objetivos:

- Que los miembros de la familia descubran la necesidad de la oración como medio para vivir una espiritualidad; una relación estrecha con Dios, y mantenerse unidos.
- Que la familia conciba la participación en la Celebración Eucarística como la forma más alta de oración cristiana.

#### 2. Oración inicial:

“Señor Jesús, que te dedicas a la oración como primera tarea de tu vida y sigues orando siempre por nosotros en el Sagrario. Enséñanos a orar. Llámanos a tu Sagrario para orar contigo. Y haz que sintamos la necesidad de comunicarnos con el Padre como la sentías Tú, nuestro modelo de oración”.

#### 3. Texto Bíblico:

*“Porque donde están dos o tres reunidos en Mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”. Mt 18, 20*

#### 4. Desarrollo del tema:

En el segundo apartado de este último capítulo de la Exhortación post-sinodal dedicado a la espiritualidad matrimonial y familiar se habla de aquello que de alguna manera es causa y efecto de dicha espiritualidad: la oración. En efecto, es en la oración donde nace, se promueve, crece y madura la espiritualidad tanto matrimonial como familiar, pues esta última es, por lo general, producto natural de la primera. Qué duda cabe que cuando el matrimonio, base y fundamento de la familia, es un matrimonio espiritual, que ora, que está fundamentando a su vez en Dios y en una visión de fe de su misma realidad en cuanto comunidad de vida y de amor, entonces tal visión se derrama a toda la familia, dando a cada uno de los miembros de la familia lo necesario para su crecimiento espiritual personal, según su forma de ser única e irrepetible,

---

12 AL, nn. 317-318a.

según su estado de vida, así como según sus exigencias muy personales y particulares.

Algo que se deja asentado desde un inicio en este apartado es el hecho de que “si la familia logra concentrarse en Cristo, él unifica a e ilumina toda la vida familiar”. Esto es algo muy importante y necesario: se requiere buscar un ‘principio unificador’ de todo cuanto en la vida familiar se vive. La vida misma es un misterio, y, como decíamos antes ya, citando el inicio de la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, ésta es un entramado de los “gozos y las esperanzas, las tristezas y angustias”<sup>13</sup> que conforman la vida misma, y si no existe tal elemento que unifique y dé sentido a tales vivencias y experiencias -sobre todo a las más fuertes e intensas de entre éstas-, tan distintas y contrastantes entre sí, el ser humano corre el riesgo de perderse y perder la necesaria “unificación” de su ser. Para el cristiano, para el bautizado, tal ‘principio unificador’, absoluto y definitivo, es el mismo Cristo, pues es Él quien da sentido a la vida humana, a toda la vida humana, a toda vida humana.

Y hablando más en concreto de las experiencias de sufrimientos, aquí la AL que “los dolores y las angustias se experimentan en comunión con la cruz del Señor, y el abrazo con él permite sobrellevar los peores momentos”. Y esto porque, como también se dice ahí, “en los días amargos de la familia hay una unión con Jesús abandonado que puede evitar una ruptura”. ¡Qué gran verdad es ésta! Pues vemos cómo ante grandes pruebas y sufrimientos a veces tremendos y humanamente insoportables, el creyente que está unido a Jesucristo puede salir adelante, y de hecho suele salir. En ocasiones, también es verdad, se requiere al mismo tiempo de una ayuda profesional en el campo de las ciencias humanas, sobre todo en lo que se refiera a la psicología, y más en concreto a la psicoterapia; esto sobre todo cuando se trata de dolores morales muy agudos difíciles de sobrellevar. Pero para un bautizado la ayuda definitiva sin duda viene de Dios, pues sabe bien, finalmente, con el salmista, que “el auxilio me viene de Señor”<sup>14</sup>.

---

13 Cfr. Pie de página n. 7.

14 Salmo 120.

Sólo con la fe en la existencia de Dios, sólo con esa conciencia clara de Su presencia en nuestras vidas como Padre amoroso y providente, y, por lo tanto, con la conciencia, contraparte de aquella, de nuestra filiación respecto a Él; sólo si existe una fe real y viva en Cristo Jesús como salvador y redentor de todo cuanto es el ser humano y hay en él, entonces sí se puede no sólo sobrellevar sino de verdad darle un sentido, y un sentido positivo y profundo, al sufrimiento. Por eso la AL dirá también, refiriéndose literalmente a la Relación final del sínodo de las familias, que “las familias alcanzan poco a poco, ‘con la gracia del Espíritu Santo, su santidad a través de la vida matrimonial, participando también en el misterio de la cruz de Cristo, que transforma las dificultades y sufrimientos en una ofrenda de amor’”<sup>15</sup>. En efecto, sólo una espiritualidad centrada en Cristo que se ofrece al Padre en la cruz por la salvación de cada uno de nosotros nos puede ayudar a superar del todo y redimir todos y cada uno de nuestros sufrimientos y dolores, sean éstos físicos, psicológicos o netamente morales o espirituales, ofreciéndolos junto con Cristo; aunque es más bien Él quien, como dice el profeta Isaías, “soportó nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores”<sup>16</sup>.

Pero, “por otra parte -dirá también la AL- los momentos de gozo, el descanso o la fiesta, y aun la sexualidad, se experimentan como una participación en la vida plena de su Resurrección”. Y esto porque -continúa el texto, citando en esta ocasión la Exhortación apostólica post-sinodal sobre la vida consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo de Juan Pablo II, del 1996- “los cónyuges conforman con diversos gestos cotidianos ese ‘espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado’”<sup>17</sup>.

Esta última afirmación nos parece algo también muy original y que puede también representar una invitación a ahondar en esa dimensión pascual de la vida matrimonial y familiar, en este caso desde la óptica de la nueva vida y del gozo inmenso y sobrenatural que nos da la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte y el sufrimiento como frutos de aquél. Y es hermoso y consolador el que los padres la AL hagan esta

---

15 Cfr. Relación final del sínodo 2015, n. 87.

16 Is 53, 4.

17 Vita consecrata, n. 42.

anotación de que “aun la sexualidad”, cuando se vive ésta bajo todas las exigencias y promesas del amor humano, y desde una auténtica “comunidad de personas”<sup>18</sup>, se convierte en un “espacio teológico”, en palabras del gran Papa del matrimonio y la familia que fuera san Juan Pablo II.

Dado que en este apartado se está hablando de espiritualidad, la AL vuelve necesariamente al tema de la oración, que es el medio ordinario, la actividad espiritual de base en la cual se actúa, se concreta, se vive y se fomenta y acrecienta precisamente toda espiritualidad, en este caso la espiritualidad matrimonial y familiar, de la que se viene tratando. Se dirá, pues, citando una vez más la Relación final, que “la oración en familia es un medio privilegiado para expresar y fortalecer esta fe pascual”<sup>19</sup>. Y nombrará algunas manifestaciones sencillas, esos “gestos cotidianos” en el campo mismo de la oración en el ámbito familiar, como el buscar orar juntos como matrimonio o familia, platicando con Dios de lo que les preocupa, a los esposos o a todos en casa; “rogar por alguno que está pasando un momento difícil, pedirle ayuda para amar, darle gracias por la vida y por las cosas buenas, pedirle a la Virgen que proteja con su manto de madre”. Y se dirá también que “con palabras sencillas, ese momento de oración puede hacer muchísimo bien a la familia”. Y, en ese sentido, añadirá que “las diversas expresiones de la piedad popular son un tesoro de espiritualidad para muchas familias”. Esto es, sin duda, una gran verdad, pues ¡cuánta riqueza en las tradiciones populares y familiares en este campo de la piedad y de la oración! Y no debemos perderlas, más bien todo lo contrario, hay que recuperarlas, reavivarlas, volver a ponerlas en práctica en el seno de la familia, como eso que de verdad son: “un tesoro”, un legado de las sanas tradiciones cristianas, donde el Espíritu Santo actúa purificando, confirmando y elevando las tradiciones de los pueblos y de las comunidades de fe. En ese sentido,

---

18 Término tan querido a Juan Pablo II en su conocida “Teología del cuerpo”, auténtica joya de la teología del matrimonio y de la sexualidad, que el Papa santo desarrolló en sus catequesis sobre el amor humano durante las audiencias de los miércoles entre los años 1979 y 1984. Sin duda se trata de una de las más importantes aportaciones filosófico-teológicas del inmenso e invaluable legado del Papa polaco a la Iglesia y a la humanidad.

19 Relación final del sínodo 2015, n. 87. Aquí también se hace referencia a la Exhortación apostólica sobre la familia en el mundo actual *Familiaris consortio* de Juan Pablo II, cuando habla precisamente de la oración en familia (cfr. n. 42).



hemos de valorar, agradecer, conservar y cultivar tantas manifestaciones de piedad popular que existen en nuestro pueblo mexicano.

Ahora bien, como bien señala el documento, “el camino comunitario de oración alcanza su culminación participando juntos de la Eucaristía, especialmente en medio del reposo dominical”, aunque no sólo. Es de todos sabido cómo la práctica de la fe, y muy en concreto la participación en la Celebración Eucarística ha sufrido un descenso en los últimos decenios. Por otra parte, no faltan los signos de esperanza y de una auténtica renovación de lo que llamó san Juan Pablo II “asombro eucarístico”<sup>20</sup>, gracias a Dios. En efecto, en los últimos años ha venido en aumento un aprecio renovado por la Santa Misa así como por la adoración eucarística; sin duda se advierte en muchos lugares un creciente fervor en muchos católicos en este sentido. Y no es para menos, pues, como bien sabemos y como bien se encarga de recordarnos la AL, la Misa es el momento más elevado de la oración cristiana, es “la fuente y culmen de toda la vida cristiana”, como dirá el Concilio Vaticano II <sup>21</sup>, en lo cual se ha insistido en los últimos documentos papales sobre la Eucaristía.

Es interesante el hecho de que aquí se cite el libro del Apocalipsis y se aplica a la familia cuando el último libro de la Biblia dice que Cristo está a la puerta y toca para cenar con la familia (Apoc 3, 20), refiriéndose obviamente a la cena eucarística. Y después, recordando un pasaje de la *Familiaris consortio*, hace ver cómo en la Celebración Eucarística “los esposos pueden volver siempre a sellar la alianza pascual que los ha unido y que refleja la Alianza que Dios selló con la humanidad en la CRUZ”<sup>22</sup>; y dado que “la Eucaristía es el sacramento de la Nueva Alianza donde se actualiza la acción redentora de Cristo (cfr. Lc 22,20)”, concluye que “así se advierten los lazos íntimos que existen entre vida matrimonial y Eucaristía”, ya que “el alimento de la Eucaristía es fuerza y estímulo para vivir cada día la alianza matrimonial como ‘iglesia doméstica’<sup>23</sup>”. Pero

---

20 Cfr. Carta Encíclica sobre la Eucaristía en relación con la Iglesia Ecclesia de Eucharistia, 2013.

21 Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen Gentium*, n. 11. Cfr. Catecismo de la Iglesia Católica n. 1324; *Ecclesia de Eucharistia*, n.1.

22 Cfr. Exhortación apostólica sobre la familia en el mundo actual *Familiaris consortio*, n. 57.

23 Expresión del Concilio Vaticano II en la Constitución dogmática sobre la Iglesia *Lumen gentium*, n. 11.

más allá de esta necesidad de la Eucaristía para hacer que realmente el matrimonio sea el fundamento de esta verdad y realidad teológica de la familia como “iglesia”, la AL recuerda cómo la Escritura misma habla de la Alianza de Dios con su pueblo utilizando la imagen de un desposorio<sup>24</sup>. Y es que, en efecto, si el punto más alto del amor a Cristo a la humanidad, y de manera preferencial a Su Esposa, que es la Iglesia, es su muerte en cruz por amor a Ella, actualizada permanentemente en la Eucaristía -tanto en la celebración eucarística como en la presencia real del Cristo en el pan eucarístico-, así el amor sponsal cristiano, que se regala y se recibe, cuando por las promesas los esposos se dan el uno al otro, y prometen mutuamente “amarse y respetarse todos los días de su vida”, es un amor “hasta la muerte”, hasta que ésta “los separe”, en la que uno se adelanta a la vida eterna ofreciéndose como inmolación de su ser por la persona amada a quien se dispone a esperar en el cielo para reunirse con ella para toda la eternidad y continuar lo mejor de su amor, el cual, si ha sido auténticamente humano y cristiano, habrá tenido ya sabor de eternidad desde esta tierra.

### **5. Caso o hecho de vida.**

“El testimonio que hoy recojo ocurrió en México, en medio de una guerra que desoló el país de 1926 a 1929: La Guerra Cristera. Se trata de un niño. Su nombre, José Sánchez del Río; su gloria, dar la vida para que Cristo reinase.

José Luis, como era llamado en la batalla, fue un valiente. Desde pequeño comprendió que sólo el amor a Cristo da sentido a la vida. Por ello, cuando el presidente Calles decretó el destierro de Dios, no dudó en dar su vida por defender a Cristo.

El 6 de febrero de 1928, en medio de un enfrentamiento, al General Luis Guízar Morfín le mataron el caballo. José, bajándose rápidamente del suyo, se lo ofreció: «Mi General, tome usted mi caballo y sávese. Usted es más necesario y hace más falta para ganar la batalla». Aquel día, el niño fue hecho prisionero y encerrado en el baptisterio de la parroquia.

---

<sup>24</sup> En el caso del Antiguo Testamento: los profetas Ezequiel (16, 8.60), Isaías (62,5) y Oseas (2, 21-22) son contundentes a este respecto; y lo mismo dígame del Nuevo Testamento: Apocalipsis (19,7; 21,2) y la Carta a los Efesios (5,25), ya antes citada.

La noche del 10 de febrero, tras cortarle las plantas de los pies, le llevaron caminando hasta el panteón municipal. Durante el recorrido, los vecinos escuchaban con infinita pena los gritos llenos de valor y fervor que el niño cristero lanzaba: «¡Viva Cristo Rey!».

Llegado al lugar, José se colocó de espaldas a lo que sería su tumba. El oficial, movido por la entereza del niño, se acercó y le preguntó qué le mandaba decir a sus padres como última voluntad. El niño le contestó «...que en el cielo nos vemos. ¡Viva Cristo Rey!».

## 6. Preguntas para la reflexión en familia:

- ¿Somos una familia que ora? ¿Somos conscientes de la necesidad y valor de la oración, la oración personal pero también de la oración en familia?
- ¿Creemos en aquello de que “familia que reza unida permanece unida”?
- ¿Nos preocupamos de nuestras almas, de todas y cada una de las almas de los miembros de nuestra familia? ¿Nos preocupamos también por las almas de nuestros familiares, amigos y conocidos?
- ¿Cumplimos con nuestro deber como católicos, y sobre todo con el gran privilegio que es poder asistir a la Santa Misa todos los domingos, día en que celebramos la Resurrección de Cristo, su victoria sobre el pecado y sobre la muerte, e incluso buscamos ir a Misa al menos algún día entre semana?

7. **Compromiso.** Cada uno de los integrantes expresa su compromiso para realizarlo en su familia.

## 8. Oración

*“Santa Familia de Nazaret,  
haz también de nuestras familias  
lugar de comunión y cenáculo de oración,  
auténticas escuelas del Evangelio  
y pequeñas iglesias domésticas”.*

*Jesús, María y José, les pedimos nos enseñen a ser una familia que ora, recordando que “una familia que ora unida permanece unida”. Y sobre todo les pedimos que nos alcancen la gracia de que seamos una familia unida a Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo. Les pedimos*

*también la gracia de permanecer unidos a ustedes, Sagrada Familia, ya que ustedes hicieron de su vida ordinaria, de su convivencia familiar, de su trabajo, de su diario vivir una continua oración. María y José, juntamente con Jesús su hijo, Dios vivo y Verdadero, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, Verdadero Dios y Verdadero Hombre, que juntamente con Dios Padre y Dios Espíritu Santo son el Objeto Último de nuestra oración y adoración, les pedimos nosotros, padres de familia necesitados de su testimonio, de su acompañamiento y de su intercesión, nos alcancen de Dios el don de aprender a orar como matrimonio, para luego saber enseñar a orar también a nuestros hijos. Les pedimos de manera especial el don de aprender a orar como familia, de ser una familia verdaderamente creyente, y por lo tanto orante. Que podamos ser una familia que pone su confianza en Dios, el Dios Trinitario, el Dios Familia, que es Creador, Salvador y Premio Eterno. Que seamos una familia que permanezcamos siempre “juntos, en oración, a la luz de la Pascua”.*

*“Jesús, María y José, escuchad, acoged nuestra súplica. Amén”.*

### III. TERCERA SEMANA DE MARZO:

**“Quien no se decide a querer para siempre, es difícil que pueda amar de veras un solo día”.**

#### Espiritualidad del amor exclusivo y libre<sup>25</sup>

##### 1. Objetivos:

- Que los esposos reconozcan la necesidad de renovar todos los días su amor unido en Cristo.
- Que los esposos estemos convencidos de la dicha y la necesidad de mantenernos fieles para toda la vida en bien de éstos y de sus hijos.

##### 2. Oración inicial:

Señor Jesús la Iglesia consciente de que el matrimonio y la familia constituyen uno de los bienes más preciosos de la humanidad, queremos darte gracias por cada una de ellas y ofrecerte nuestras oraciones por su bienestar material y espiritual de todas las familias del mundo, sobre todo aquellas que sufren violencia, que están a punto de separarse, que sufren debido a la falta de recursos económicos, bendícelas y fortalece en ellas los lazos de amor y unidad. Amén.

##### 3. Texto Bíblico:

*“Se acercaron unos fariseos y, para ponerlos a prueba, le preguntaron:*

*-¿Puede uno separarse de su mujer por cualquier motivo?*

*Jesús respondió*

*-¿No han leído que el Creador, desde el principio, los hizo hombre y mujer; y qué dijo: Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y serán los dos uno solo? De manera que ya no son dos, sino uno sólo. Por tanto, lo que Dios unió, que no lo separe el hombre.*

*Ellos le dijeron:*

---

<sup>25</sup> AL, nn. 318b-319. Para este tema ver el discurso de Benedicto XVI en la Ciudad de las Artes y de la Ciencias en V Encuentro Mundial de las Familias en Valencia, España, el 8 de julio de 2006.

*· Entonces, ¿por qué mandó Moisés que el marido diera un acta de divorcio a su mujer para separarse de ella?*

*Jesús les dijo:*

*-Moisés les permitió separarse de sus mujeres por la incapacidad de ustedes para entender los planes de Dios, pero al principio no era así.*

*Ahora yo les digo: El que se separe de su mujer, excepto en caso de unión ilegítima, y se casa con otra, comete adulterio”.*

*Mt 19, 3-9*

#### **4. Desarrollo del tema:**

Este apartado se centra en una de las propiedades del matrimonio: la exclusividad. Y esto porque sólo así se respeta la dignidad de la persona, única e irreplicable, como imagen de Dios. Y es interesante que el mismo título hable de libertad. En efecto, la promesa de fidelidad tiene que ver con una decisión que ha de ser libre, y porque libre, plenamente consciente y libre, como lo es el amor mismo. Un amor que no es libre no es amor; de la misma manera una promesa de amor exclusivo y definitivo y permanente que no fuera libre en realidad no es una promesa; es una promesa falsa, fingida, es un engaño. “En el matrimonio se vive también el sentido de pertenecer por completo sólo a una persona”, dice el documento. De hecho, el matrimonio es y significa tal pertenencia. Pero, además, es verdad que se ha de vivir el “sentido” profundo y completo de esa realidad. Se dice aquí que “los esposos asumen el desafío y el anhelo de envejecer y desgastarse juntos y así reflejan la fidelidad de Dios”. El documento quiere hacer ver de manera muy plástica y concreta lo que significa en la práctica la exclusividad y la fidelidad en el tiempo. Pero si nos atenemos al término utilizado antes, es decir el “sentido”, en realidad hay que ir más allá del puro permanecer y “envejecer” y “desgastarse” juntos. Existen matrimonios que sí perseveran en el vivir juntos toda la vida, en ese ‘hacerse viejos juntos’, pero que, tristemente, en realidad no viven juntos por amor ni de amor ni en el amor. Es más, quizás durante el noviazgo -si es que éste realmente existió- nunca aprendieron a amar, a amarse de verdad. En muchas ocasiones hay tan poco consciencia de lo que es el matrimonio y ‘para qué’ es el matrimonio, cuál es precisamente su “sentido” y su significado profundo. En esto la Iglesia, sus pastores, sus presbíteros, sus agentes de pastoral hemos de reflexionar, y trabajar probablemente

mucho más, con mayor dedicación, profundidad y seriedad, para acompañar y preparar mejor a las parejas de cara al matrimonio cristiano. “La fidelidad de Dios” es una fidelidad amorosa, viva, creativa, y no sólo un permanecer, seguir ahí, estar ahí si más. Sin duda el perseverar en la unión es ya en sí mismo. Pero el matrimonio cristiano -y de hecho ya el mismo matrimonio natural ha de serlo también- es mucho más que un mero permanecer, un simple ‘seguir ahí’, y mucho menos un solo ‘aguantar’ -el documento hablará un poco más adelante de “resignación”- Y por eso aquí se pone el modelo, el punto de referencia, el Ideal, que es la fidelidad del mismo Dios. Y por eso también, una vez más citando a san Juan Pablo II, el documento afirmará que “esta firme decisión, que marca un estilo de vida, es una ‘exigencia interior del pacto conyugal’”<sup>26</sup>. Por tanto, señala el Papa del matrimonio y la familia, la exclusividad y la permanencia en el amor y en el sentido del matrimonio son algo esencial al “pacto” entre los cónyuges, entre el hombre y la mujer que se prometen fidelidad “en lo próspero y en lo adverso”, “en la salud y en la enfermedad”, y, sobre todo, que se prometen “amarse y respetarse todos los días” de sus vidas. Como decimos, si ya esto es -debiera ser siempre- una “exigencia” de todo matrimonio natural -es decir, un verdadero matrimonio, entre un hombre y una mujer que se aman y que son aptos para la vida matrimonial y suficientemente maduros y conscientes de las exigencias, derechos y deberes del matrimonio-, lo es con mayor razón para el matrimonio cristiano, el matrimonio sacramento, ya que éste es, debe ser, como ya recordábamos en el primer tema, imagen del amor de Cristo por la Iglesia<sup>27</sup> .

Por cuanto se ha dicho, si faltar al “pacto conyugal” -sea con faltas que lo ofenden y debilitan, sea con el rompimiento definitivo- es algo grave ya a nivel puramente humano, con más razón lo es cuando el matrimonio es sellado por sacramento, precisamente porque se hiere el fundamento, se ofende el prototipo del cual ha de ser imagen y reflejo: el amor de Cristo por su Esposa la Iglesia. Por ello para la Iglesia el divorcio no existe, no puede existir. Cosa diversa es cuando la Iglesia misma, por medio de la autoridad competente, después de un detenido análisis y reflexión y mucha oración, auxiliándose de todos los recursos humanos y divinos,

---

26 La cita está tomada de Familiaris consortio, n. 57.

27 Cfr. Pie de página n. 6.

‘declara nulo’ un hasta ahora supuesto matrimonio; ni tratamos aquí de los casos en que es justa -en ocasiones incluso debida- la separación temporal o definitiva. Nos referimos sólo a la plaga del divorcio. En ese sentido conviene aquí recordar lo que decía el Papa Emérito Benedicto XVI al hablar del aborto y del divorcio: “En un contexto cultural marcado por un creciente individualismo, hedonismo y muy a menudo también por la falta de solidaridad y un adecuado apoyo social [...]. El juicio ético de la Iglesia con respecto al divorcio y al aborto provocado es claro y de todos conocido: se trata de culpas graves que, en diversas medidas, y quedando a salvo la valoración de las responsabilidades objetivas, menoscaban la dignidad de la persona humana, implican una profunda injusticia en las relaciones humanas y sociales y también ofenden a Dios, garante del pacto conyugal y autor de la vida”. Y añadía: “Y, sin embargo, la Iglesia, a ejemplo de su divino Maestro, piensa siempre en las personas concretas, sobre todo en las más débiles e inocentes, que son víctimas de las injusticias y los pecados, y también en los demás hombres y mujeres que, habiendo cometido dichos actos, han incurrido en culpa y llevan sus heridas interiores, buscando la paz y la posibilidad de una recuperación”<sup>28</sup>. El Papa concluyó hablando de Juan Pablo II y la misericordia.

Después de hablar del compromiso y seriedad que implica el “pacto conyugal”, el documento recuerda algo que también dijera san Juan Pablo II en Argentina en 1987, algo profundamente humano, pero que en realidad encierra también una gran verdad sobrenatural: el Papa santo decía que “quien no se decide a querer para siempre, es difícil que pueda amar de veras un solo día”<sup>29</sup>. Creemos que en el fondo eso es precisamente lo que ocurre en la situación actual del matrimonio, en el que pareciera haber muy poco y en ocasiones nulo compromiso entre los jóvenes que dicen amarse y que se prometen amarse para siempre. He aquí la raíz humana del drama de tantos matrimonios que se desquebrajan a la vuelta de más o menos pocos años de haberse prometido un amor exclusivo y total. En esos casos lo más seguro es que en el fondo nunca se decidieron “a querer para siempre”, por

---

28 Esto lo dijo el Papa en un Congreso organizado por el Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, del 5 de abril de 2008.

29 Juan Pablo II, Homilía en la Eucaristía celebrada para las familias en Córdoba, Argentina (8 de abril 1987).



más que hayan podido vivir más o menos años -hoy, por desgracia, en ocasiones duran sólo meses-; nunca supieron ni aprendieron a “amar de veras un solo día”; no decidieron a ello nunca con plena voluntad ni plena conciencia. Es decir, ni se conoció de verdad el por qué y para qué del matrimonio, su sentido profundo y su finalidad, como seguramente tampoco existió un verdadero amor, pleno, consciente y maduro. Pero, por otra parte, tampoco se trata de sólo “resignarse” a lo inevitable, pues, como bien señala el documento, la ley del amor no es una ley “vívida con resignación”, sino que este misterio del amor “es una pertenencia del corazón, allí donde sólo Dios ve (cfr. Mt 5, 28)”. Y si se trata de algo que pertenece al ámbito del corazón, es decir del amor, entonces también tiene que ver con lo duradero, no con lo pasajero. Por eso también se dirá, hablando del amor fiel de los esposos cristianos, que “cada mañana, al levantarse, se vuelve a tomar ante Dios esta decisión de fidelidad, pase lo que pase durante la jornada”. Y es que el amor cristiano, y de manera particular el amor conyugal sacramental, no depende de las circunstancias o factores externos, sino que nace del corazón, se fragua en el corazón, se consolida en el corazón y en éste vive y permanece. Y como consecuencia de ello es una decisión y una promesa mantenida en el tiempo que también se manifiesta en sus expresiones externas, al mismo tiempo que se nutre de ellas<sup>30</sup>. Por tanto, cada mañana se renueva la fidelidad; y “cada uno, cuando se va a dormir, espera levantarse para continuar esta aventura, confiando en la ayuda del Señor”. He ahí la clave: ¡confiar en Dios! Y es que es de Él de quien viene la fuerza para ser fieles al amor, por la sencilla razón de que Él mismo es El Amor, como enseña san Juan en su primera carta<sup>31</sup>. Confianza en Dios: palabra clave para el matrimonio, sin duda, pues ¡¿qué es el matrimonio si no un acto de total de confianza mutua entre esposo y esposa en el nombre de Dios, es decir en la confianza de que no les faltará la fuerza y el amor de Dios?! Por eso la AL concluirá la idea diciendo algo muy cierto: “Así, cada cónyuge es para el otro signo e instrumento de la cercanía del Señor, que no nos deja solos”. Se corona esta hermosa verdad nada menos que con las últimas palabras de Jesús antes de ascender al cielo: “Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

---

30 Recordemos cuanto se decía en el primer tema sobre los “gestos reales y concretos”; y en realidad se insiste sobre ello durante todo este último capítulo de la AL.

31 Cfr. 1 Jn. 3, 14.

Ahora bien, en este punto el documento arroja una luz sumamente interesante, cuando hace ver que “hay un punto donde el amor de la pareja alcanza su mayor liberación y se convierte en un espacio de sana autonomía”, y es éste: “cuando cada uno descubre que el otro no es suyo, sino que tiene un dueño mucho más importante, su único Señor”. Nos parece ésta también una intuición genial, pues hace ver cómo en el camino del amor matrimonial se da una progresiva purificación del amor mismo, por la que se pasa cada vez más de ‘amor posesivo’ a un ‘amor oblativo’. En esa misma línea explicaba el Papa Emérito Benedicto XVI en su primera Encíclica sobre el amor cristiano, ya citada, que en la vida del cristiano, en las diversas vocaciones, se suele dar un camino por el que se pasa del amor “eros” -amor de pasión, de posesión- al amor “filía”, es decir al amor de amistad; e igualmente se pasa de éste último al amor “ágape”, que es el amor oblativo, netamente cristiano<sup>32</sup>. “Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”, dirá el mismo Jesús<sup>33</sup>. Pues bien, el amor conyugal no excluye el amor de amistad, para nada; todo lo contrario: lo supone y lo exige. Es más, se podría decir que el amor matrimonial es un amor de amistad en su grado máximo, pues al tratarse del amor humano elevado a divino, como de hecho lo es el amor cristiano en cuanto tal, se injerta en ese Ideal que Jesús nos propone como el culmen del amor. Y es que cuando se vive de manera real, auténtica y plena el amor matrimonial con la gracia del sacramento, entonces realmente los esposos “dan la vida” el uno por el otro. En esa misma línea, volvamos al matrimonio santo de Luis y Celia Martín Guérin: en respuesta a carta de ella, él cierra diciendo: “Tu marido y verdadero amigo, que te ama de por vida”; y las últimas palabras de ella para él, pocas semanas antes de morir, serán: “toda tuya”. Ahora Volvamos a Cristo: al hablar de esa manera ciertamente a su propia oblación total y absoluta en la cruz por sus amigos, que son, sí, sus apóstoles, a quienes se está dirigiendo en la última cena, pero por medio de ellos se refiere a todos los hombres, aunque principalmente a quienes crean en Él y en su testimonio, como Él mismo subrayará<sup>34</sup>.

---

32 Cfr. Deus charitas est, nn. 2-18.

33 Jn. 15, 13.

34 Cfr. Jn, 5, 36.

Pero regresemos a las promesas matrimoniales. En ellas, como anotábamos antes<sup>35</sup>, los esposos no sólo se prometen ‘cosas’, sino que ‘se dan en promesa’ el uno al otro; es más: se convierten de alguna manera ellos mismos en ‘promesa’ el uno para el otro. Y aquí ‘promesa’ no quiere decir sino donación, don, entrega, ‘regalo’. En efecto, los esposos ‘se regalan’ el uno al otro al proferir las promesas, y Cristo sella su pacto conyugal con su propia sangre, signo y realidad de Su Amor “hasta el final” por sus “amigos”, por su Esposa la Iglesia -encabezada por los apóstoles, sus “columnas”-; por sus hermanos bautizados, hechos hijos en el Hijo para llevar una vida nueva, como insistirá san Pablo<sup>36</sup>: por todos los hombres, a quienes ha venido a anunciar la Buena Nueva invitándolos a la conversión en vistas a su salvación, lo cual es patente en el Evangelio al inicio de su vida pública<sup>37</sup>. Por lo tanto, esa “sana autonomía” de la que habla AL es más que algo meramente humano, ya que se señala su último fundamento al hacer notar que se basa en la pertenencia a Dios Nuestro Señor. Ultimadamente somos propiedad del Señor, y de nadie más. En primer lugar porque Él nos pensó y nos creó por amor. Y en segunda lugar porque también Él nos rescató, y a precio muy alto, como escribirá San Pedro, pues el costo de nuestra redención “no ha sido pagado con cosas corruptibles como el oro o la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo”<sup>38</sup>. Por ello -dirá la AL- “nadie más puede pretender tomar posesión de la intimidad más personal y secreta del ser amado y sólo Él puede ocupar el centro de su vida”. Y “al mismo tiempo”, debido también a ello, “el principio de realismo espiritual hace que el cónyuge ya no pretenda que el otro sacie completamente sus necesidades”. Y esto porque no sólo Dios es dueño de nuestro ser, sino que sólo Dios puede realmente saciar nuestros anhelos más profundos de felicidad, de amor, de libertad. En este punto el texto cita al pastor y teólogo luterano alemán, Dietrich Bonhoeffer -muerto en la horca en el campo de concentración de Flossenbürg en 1945 por pertenecer al movimiento de oposición al nazismo y bajo acusación de formar parte de los complots planeados

---

35 Cfr. Tema 2.

36 Cfr. Rom. 6, 4; Ef 1, 4-5. Ver también Gal. 4, 4-5 y Rom. 8, 15. Por tanto es necesario que quien quiera encontrar al Padre crea en el Hijo, pues mediante Él Dios nos “comunica su misma vida, haciéndonos hijos en el Hijo” (S.S. Juan Pablo II, Catequesis del 13 de enero del 1999).

37 Cfr. Mc. 1, 15.

38 1 Pe. 1, 18-19.

para asesinar a Hitler-, cuando dice que “es preciso que el camino espiritual de cada uno le ayude a “desilusionarse del otro”, es decir “a dejar de esperar de esa persona lo que sólo es propio del amor de Dios”<sup>39</sup>. Ello, como bien señala la AL, exige algo que no es fácil de alcanzar, pues reclama un “despojo interior”, un olvidarse y desasirse de sí mismo, ocupar el ‘segundo plano’ y dejar el primero a Dios -como es debido, pues Dios es Dios y nosotros somos creaturas; aunque eso sí, en Cristo somos también sus hijos muy amados-<sup>40</sup>. En definitiva, como se dice, “hay que dejar a Dios ser Dios”. Dejarlo Ser lo que Es: el Creador. Y al mismo tiempo no olvidar que nosotros somos más que sólo creaturas: somos Sus hijos, Sus “predilectos” en Cristo, al haber sido no sólo creados a imagen de Él, sino rescatados por medio su muerte en la Cruz Redentora.

Finalmente, el apartado subraya la necesidad de que cada uno de los esposos tenga un “trato” personal con Dios y no sólo en pareja. Ahora bien, éstas no se excluyen; es más, para que haya una ‘oración matrimonial’ de verdad cristiana y fecunda se requiere antes la oración individual de cada uno de los cónyuges, esa relación íntima y directa de cada uno con su Creador y Redentor. Por lo demás, es esta oración personal de cada uno lo que permite curar las “heridas” que la convivencia matrimonial, dada nuestra condición humana, puede causar, y de hecho causa; pero también es verdad que dicha oración es lo que posibilita vivir el matrimonio en “libertad real”. Sólo en Dios y por medio de Él se pueden conjugar “exclusividad” y “libertad” en el amor entre esposos. Es por ello que la AL concluye este apartado con la siguiente afirmación: “El espacio exclusivo que cada uno de los cónyuges reserva a su trato solitario con Dios no sólo permite sanar las heridas de la convivencia, sino que posibilita encontrar en el amor de Dios el sentido de la propia existencia”. Y por ello es no sólo necesario sino indispensable “invocar cada día la acción del Espíritu Santo para que esta libertad interior sea posible”.

---

39 La cita viene de su obra “Gemeinsames Leben”. Conviene mencionar que Bonhoeffer afronta también el tema del amor humano desde la experiencia personal, en sus cartas a su novia -mucho más joven que él y de la que estaba profundamente enamorado-, que muestran un amor puro y bello, un amor humano fuertemente enraizado en la fe en Cristo (cfr. Dietrich Bonhoeffer “Cartas de amor desde la prisión”, Trotta, Madrid 1998). Sobre el argumento ver la excelente y por demás profunda conferencia del entonces Cardenal Ratzinger: “El sentimiento de las cosas, la contemplación de la belleza”, en el “Meeting para la amistad entre los pueblos” en agosto del 2002 (Joseph Ratzinger “La Belleza. La Iglesia, Ediciones Encuentro, Madrid 2006).

40 Cfr. Jn. 15, 9-17.

## 5. Caso o hecho de vida.

*Un anillo solo tiene un peso. Una persona separada de su cónyuge no pesa nada. Te lo recuerdan los anillos, que son dos iguales.*

*“No tiene peso.” Me lo decía un muchacho de dieciséis años, cuyo padre recientemente los había dejado:*

*-Quiero a mi papá, por eso, porque es mi padre. No puedo dejar de quererlo, pero ya no es mi modelo en la vida. Perdió peso. Me da pena. Al dejar de ser coherente, cuando dejó de cumplir su compromiso más importante excusándose en el cansancio, en los años, en los demás, culpando incluso a mi mamá... perdió peso. Ya no es para mí lo que era. Separado de mamá y de nosotros, ya no es el mismo. Quiere divertirse, quiere ser normal y dice que tiene derecho a una segunda oportunidad. Pero él mismo sabe que tomó una decisión superficial. Quizá él esté contento ahora, pero a costa de mi mamá y de nosotros cuatro.*

*Esto es incluso de lógica. Pasa más o menos lo mismo con los zapatos: vienen por pares. Un solo zapato no sirve para nada. Hay cosas en esta vida que simplemente no pueden separarse: zapatos, mancuernas, guantes, aretes, anillos... Hombre y mujer, en el matrimonio, son una de esas “cosas” que no deben romperse ni separarse, pues son un par.*

*(Tomado del libro “El anillo es para siempre”,  
Ángel Espinosa de los Monteros Gómez Haro).*

## 6. Preguntas para la reflexión en familia:

- ¿Mantenemos vivas, como esposos cristianos, las promesas matrimoniales, mismas que pronunciamos hace más o menos años? ¿Las renovamos con cierta frecuencia, es más todos los días, “cada mañana”?
- ¿Pero somos también conscientes de que, aunque nos hemos “regalado” y nos debemos el uno al otro, pertenecemos en lo individual -y como pareja, por el sacramento- a Dios, conscientes de que, de hecho, sólo Él satisface completamente el corazón humano?
- ¿Seguimos queriendo con la misma fuerza “envejecer juntos”, con la misma intensidad con la que experimentamos tal deseo el día de nuestro matrimonio?

- ¿Y por eso recurrimos cada uno a Dios en la oración, para encontrar en Su Amor el sentido último de nuestras vidas, sanar las heridas y ser libres de verdad?

7. **Compromiso.** Cada uno de los integrantes expresa su compromiso para realizarlo en su familia.

## 8. Oración

*“Santa Familia de Nazaret,  
que nunca más haya en las familias episodios  
de violencia, de cerrazón y división;  
que quien haya sido herido o escandalizado  
sea pronto consolado y curado”.*

*María y José, les pedimos que sean siempre nuestro modelo de matrimonio, santo, puro, libre y generoso. Les suplicamos sean ustedes, como matrimonio, intercesores para nuestro matrimonio; que lo sean ante Dios por medio de su Hijo Jesucristo, Pontífice de nuestra fe y Sumo y Eterno Sacerdote, y por tanto Único y Definitivo Intercesor ante Su Padre, nuestro Dios y Señor. Tú, María, que eres la mediadora de todas las Gracias; tú, José, que era el esposo bondadoso, casto y prudente de María Santísima, Madre de Dios y Madre nuestra. Les rogamos a ustedes nos alcancen la gracia de ser fieles a nuestra vocación matrimonial y al sacramento que un día nos dimos, nos ‘regalamos’ el uno al otro por medio de las promesas que nos dirigimos el día de nuestra boda. Que seamos fieles a tales promesas; pero que sobre todo seamos ‘promesa vida’ el uno para el otro hasta que la muerte nos separe. Que podamos mantener la palabra dada, en la que expresamos en aquel día del inicio de nuestra aventura matrimonial, día hermoso y lleno de esperanza, los deseos y anhelos más profundos de nuestro corazón: ser fieles el uno al otro y aceptarnos como esposos, ‘en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad’. Que con la Gracia de Dios, y con su intercesión, podamos cumplir la promesa que nos hemos hecho, y que queremos volver a renovar cada día, de ‘amarnos y respetarnos todos los días de nuestra vida’.*

*“Jesús, María y José, escuchad, acoged nuestra súplica. Amén”.*

## IV. CUARTA SEMANA DE MARZO:

### “La familia, iglesia doméstica y célula vital para transformar el mundo”

Espiritualidad del cuidado, del consuelo y del estímulo<sup>41</sup>.

#### 1. Objetivos:

- Que la familia reflexione sobre la necesidad de vivir el perdón en familia para la restauración del amor entre ella.
- Descubran los miembros de la familia que a través de su espiritualidad familiar encontrarán el consuelo de Dios, la unidad y el estímulo para ser mejores hijos de Dios y colaboradores de su reino.

#### 2. Oración inicial:

Padre nuestro, enséñanos a cumplir el compromiso de ser buenos padres y educar a los hijos en los verdaderos valores para con la sociedad y el prójimo, principalmente el sentido de responsabilidad, de servicio, el cumplimiento con las obligaciones cívicas y sociales.

#### 3. Texto Bíblico:

*“Los once discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había citado. Al verlo, lo adoraron; ellos que habían dudado. Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras: -Dios me ha dado autoridad plena sobre el cielo y tierra. Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bauticen para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, enseñándoles a poner por obra todo lo que les he mandado. Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos”.*

#### 4. Desarrollo del tema:

El último apartado del capítulo inicia con una cita del Concilio Vaticano II llena de significado y sumamente comprometedor; dice así: “Los esposos cristianos son mutuamente para sí, para sus hijos y para los restantes familiares, cooperadores de la gracia y testigos de la fe”<sup>42</sup>.

---

41 AL, nn. 320-324.

42 Decreto sobre el apostolado de los laicos *Apostolicam actuositatem*, n. 11.

“Cooperadores de la gracia”: es decir instrumentos, medios de la Gracia de Dios para toda la familia; no sólo el uno para el otro, ni tampoco sólo para los hijos, sino para toda la familia. Esto representa una grande y grave responsabilidad, la cual es muy difícil cumplir -si no es que imposible- sin la ayuda de la Gracia misma, sin estar arraigados en Dios por medio de la vida sobrenatural que dan los sacramentos. Pero también es necesario que ambos esposos sean personas de profunda fe y oración, para poder colaborar con la Gracia y permitir que ésta fructifique en su ser en plenitud, y así poder cumplir cabalmente con el sumo deber de ser “testigos de la fe”. Por eso el “casarse por la Iglesia” -como se suele decir- no sólo es un privilegio y un derecho, sino que también implica una preciosa obligación espiritual más allá de lo moral.

Se dirá también aquí que Dios llama a los esposos a “engendrar y cuidar”. En ese sentido, como dice el Papa Francisco, “la familia ha sido siempre el ‘hospital’ más cercano”<sup>43</sup>; por lo que se lanza una invitación a las familias en ese sentido: “curémonos, contengámonos y estimulémonos unos a otros, y vivámoslo [el hecho de ser un “hospital”] como parte de nuestra espiritualidad familiar”. Por tanto, el documento vuelve sobre el tema de las heridas del amor en la familia, lo cual es parte de un sano realismo antropológico. Por eso se habla de ‘curación’, que implica el estar atento a los miembros que sufren, a los que están heridos. Así mismo se habla de ‘contención’, lo cual indica el saber consolar y dar razones para seguir, para luchar, para ‘aguantar’ ante la prueba y el sufrimiento. Finalmente se habla de ‘estimularse unos a otros’, es decir animarse mutuamente, motivarse los unos a los otros. ¡Cuánto necesitamos los seres humanos de todo esto! Y cuánto ayuda contar en la familia con miembros que saben hacerlo y lo hacen, que son conscientes de eso que se decía antes en el caso de los esposos: el ser “testigos de la fe”, que no quiere decir sólo el comunicar las verdades de fe o transmitir los contenidos de la misma, sino que, supuesto todo ello, sobre todo se refiere el vivir en actitud de fe, es decir según la visión sobrenatural, cristiana de la vida, del mundo, de los acontecimientos, y, por supuesto, también significa aceptar cristianamente las pruebas, el sufrimiento, el dolor.

---

43 Catequesis del 10 de junio de 2015.



La AL retoma aquí el tema de la vida en pareja, diciendo que ésta “es una participación en la obra fecunda de Dios”, siendo “cada uno para el otro una permanente provocación del Espíritu”. Y en este punto, citando a Juan Pablo II, se anota que “el amor de Dios se expresa ‘a través de las palabras vivas y concretas con que el hombre y la mujer se declaran su amor conyugal’”<sup>44</sup>. Sin duda aquí sobre todo se hace alusión al momento mismo del sacramento del matrimonio, cuya “forma” es precisamente el consentimiento, es decir las promesas, de las que ya hemos hablado antes ampliamente<sup>45</sup>. Pero también se refiere aquí al día a día de la aventura matrimonial, donde los dos son -deben serlo; cuentan con la Gracia de Dios y su ayuda para ello- “entre sí reflejos del amor divino que consuela con la palabra, la mirada, la ayuda, la caricia, el abrazo”. Y es por eso que, como enseña el Papa Francisco, “querer formar una familia es animarse a ser parte del sueño de Dios, es animarse a soñar con él, es animarse a construir con él, es animarse a jugarse con él esta historia de construir un mundo donde nadie se sienta solo”<sup>46</sup>. Y es interesante esa referencia implícita de fondo al libro del Génesis, donde se dice que Dios crea a Eva no sólo para que “le ayudara”, sino para que lo acompañara en la vida, pues -y es el mismo Dios quien lo dice- “no es bueno que el hombre esté solo”<sup>47</sup>; y se la presenta y entonces Adán se alegra e irrumpe en palabras de admiración: “Ésta sí es hueso de mis huesos y carne de mi carne”<sup>48</sup>, desapareciendo así su soledad, y por lo tanto su insatisfacción y su tristeza, ya que, como hacía decir a uno de sus personajes Gabriel Marcel: “No hay más que un sufrimiento: estar solo”<sup>49</sup>.

Luego el documento, usando un verbo muy querido al Papa Francisco, dirá que “toda la vida de la familia es un ‘pastoreo’ misericordioso”, pues “cada uno, con cuidado, pinta y escribe en la vida del otro”. Y entonces se cita a san Pablo, cuando dice a los corintios que ellos mismos son su carta, la cual está “escrita en nuestros corazones [...], no con tinta,

---

44 La referencia es a *Familiaris consortio*, n. 12.

45 Cfr. Apartados 2 y -3. La “materia”, lo sabemos, son los novios mismos, hombre y mujer, enamorados.

46 Discurso en la Fiesta de las Familias y vigilia de oración en Filadelfia (26 septiembre 2015).

47 Gen. 2, 18.

48 Gen. 2, 23.

49 “Il n’y a qu’une souffrance: c’est d’être seul”. La frase es de su obra de teatro “Le coeur des autres” (1921).

sino con el Espíritu de Dios<sup>50</sup>. También se dirá aquí que “cada uno es un pescador de hombres’ (Lc 5, 10), que, en el nombre de Jesús, ‘echa las redes’ (cfr. Lc 5, 5) en los demás, o un labrador que trabaja en esa tierra fresca que son sus seres amados, estimulando lo mejor de ellos”. Y por ello la AL dirá también que “la fecundidad matrimonial implica promover”, y esto porque, citando precisamente a Gabriel Marcel -así llamado ‘el filósofo de la esperanza’, y que también era dramaturgo y crítico musical, al igual pianista y compositor-, afirmará que “amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible; y es, al mismo tiempo, proporcionarle de alguna manera el medio de responder a esta espera<sup>51</sup>. Resulta interesante señalar que este filósofo francés agnóstico hasta que a los treinta nueva años se convierte al catolicismo. Se había casado a los veintinueve años profundamente enamorado de Jacqueline Boegner, que era protestante. Ella moriría mucho antes que él, y él no dejaría llorarla y extrañarla durante los ventiséis años que le sobrevivió, aunque al mismo tiempo la sentía siempre presente y viva a su lado; de hecho, esperaba con certeza absoluta encontrarla en la otra vida, haciendo vida aquello que escribiría ya en su segunda obra filosófica, titulada “Ser y tener”, parte de una trilogía en forma de “diario metafísico”: “La esperanza es quizás el tejido del que está hecha el alma<sup>52</sup>. De hecho, el tercer volumen de la trilogía llevará por título “Presencia e Inmortalidad<sup>53</sup>, en el que sobre todo analiza el amor humano -en especial el amor matrimonial- y en el que concluirá que el amor, si es auténtico, no puede morir, pues siempre es presente y no puede morir. Por lo demás, tanto Gabriel como Jacqueline poseían un fuerte sentido del valor sagrado de la paternidad y de la vocación de los esposos a dar vida y a co-crear juntamente con Dios<sup>54</sup>. En efecto, tenían un gran deseo de tener hijos y educarlos; mas al no poder procrear, decidieron adoptar a un niño, Jean-Marie, por quien vivieron y se desvivieron como papás. Un reflejo de su gran amor y

---

50 2 Cor. 3, 2-3.

51 La cita es de su obra “Homo viator. prolégomènes à une métaphysique de l’espérance”, Aubier Montagne, París 1944, p. 63 (“Homo viator: prolegómenos a una metafísica de la esperanza”, Sígueme, Salamanca 2005).

52 “L’âme n’est que par l’espérance; l’espérance est peut-être l’étoffe même dont notre âme est faite”, en “Être et avoir”, Aubier, París 1935, p. 117. La primera obra de dicha trilogía -y de hecho el primer libro en cuanto tal de Marcel- lleva por título precisamente: “Journal métaphysique”, Gallimard, París 1928.

53 “Présence et immortalité” Flammarion, París 1959. Se trata del último de la trilogía diarística del filósofo.

54 Cfr. “Le voeu créateur comme essence de la paternité”, en “Homo viator”, o. cit., pp. 127-164.

valoración de la familia son sus análisis -fenomenológicos y metafísicos a la vez-, profundos y bellos a la vez, del matrimonio y a la familia; uno de los cuales se intitulará “el misterio familiar”<sup>55</sup>. De hecho, para Marcel hay dos distinciones filosóficas esenciales: entre “ser y tener”<sup>56</sup>; y la otra es precisamente entre “problema y misterio”. “Problema” es algo que tengo enfrente, que “me sale en el camino”, mientras que “misterio” es una realidad en la que estoy necesariamente implicado, es decir, de la que soy parte, la que por así decirlo me *envuelve*<sup>57</sup>. Por ende, la categoría del “misterio” es algo que siempre nos pone en el plano de la comunión, una realidad por la que me uno a algo, y sobre todo me une a otro o a otros. De hecho, en el pensamiento filosófico y en las obras de teatro de Marcel predomina el ‘tú’ sobre el ‘yo’. La suya es realmente una filosofía de la comunión, en la que el centro es el ‘nosotros’, no tanto el ‘yo’, el individuo aislado, y en la que se afirma que “existir es coexistir”<sup>58</sup>. Hay una frase suya, de sobra conocida, que encierra bien toda su visión del hombre, de la vida y de la trascendencia: “Yo espero en ti para nosotros”<sup>59</sup>. La frase no es del todo correcta a nivel de sintaxis; pero de esa manera indica cómo la esperanza y el amor se implican, al igual que dice bien que ni el amor ni la esperanza están sometidos a una lógica racionalista. En efecto, afirmará del amor genialmente san Bernardo que “su única medida es no tener medida”; y san Agustín decía que “la medida del amor es amar sin medida”.

Ahora bien, hay otra anotación hondamente espiritual que hace la AL después de haber citado a Marcel en relación a ‘esperar en el otro’. Dice: “Esto es un culto a Dios, porque es él quien sembró muchas cosas buenas en los demás esperando que las hagamos crecer”. Nos parece una indicación realmente preciosa, pues por una parte nos presenta la esperanza unida al amor como “un culto a Dios”, es decir un ‘acto litúrgico’ -por así decir-, de alabanza; y por otra parte nos invita a ver

---

55 Cfr. “Le mystère familial”, en “Homo viator”, o. cit., pp. 89-126. Ver también los estudios sobre el amor en “Du refus à l’invocation”, Gallimard, Paris 1940 (reeditado como “Essai de philosophie concrète”, Gallimard en 1966).

56 “Être et avoir” (o. cit.) es su obra más conocida; la distinción a cuyo título alude hizo historia en filosofía.

57 Cfr. “Positions et approches concrets au mystère ontologique”, en “Le Monde Cassé”, Declée de Brouwer, Paris 1933. Cfr. “Existence et objectivité”, en “Revue de Métaphysique et de Morale” 32 (2) 175-195 (1925), donde Marcel condenaba “el espíritu de objetivación” tanto en el idealismo como en la ciencia moderna.

58 Cfr. “Présence et immortalité”, o. cit., donde ésa, junto con la de la trascendencia, son las tesis principales.

59 “J’espère en toi pour nous” (“Homo viator”, o. cit., p 81).

a Dios como Alguien -es decir una Persona (que de hecho es el Amor mismo en Persona)- que espera nuestra espera en el otro. Por tanto, para que el otro pueda dar lo mejor de sí mismo, éste (ésta) espera nuestra espera, es decir nuestra esperanza en él (o ella). Y lo realmente consolador y -nunca mejor dicho- esperanzador es que así queda claro que Dios es realmente el autor de todo bien y el dador de todo don, como enseña san Pablo<sup>60</sup> -y todo don es por medio de Cristo<sup>61</sup> -, y que al mismo tiempo Él 'necesita' de nuestra esperanza. A este respecto cómo no recordar al gran poeta y cantor de la esperanza, Charles Péguy, también él converso al catolicismo, y quien con gran maestría y unción volvió una y otra vez sobre la esperanza. En efecto, su "Pórtico a la segunda virtud" es una de sus obras más importantes y conocidas<sup>62</sup>. "Segunda" porque en la lista de las virtudes teologales la esperanza suele ocupar, en efecto, el segundo lugar, es decir viene después de la fe y antes del amor; aunque bien sabemos que, como enseña san Pablo, "la mayor de todas ellas", y la única que "subsistirá" en la otra vida, es el amor, pues "la caridad no acaba nunca"<sup>63</sup>. En efecto, la fe y la esperanza no serán ya necesarias en el cielo, porque en la Visión, en el estado de contemplación de Dios, el Amor en persona. Pero mientras dura el "statu viatoris", es decir nuestro estado de peregrinos por este mundo hacia la patria eterna, de caminantes hacia el cielo, la esperanza es indispensable. Por eso decía bellamente Péguy que "la fe que Dios prefiere es la esperanza".

La AL continuará con otra reflexión igualmente profunda y espiritualmente muy rica: "Es una honda experiencia espiritual contemplar a cada ser querido con los ojos de Dios y reconocer a Cristo en él. Esto reclama una disponibilidad gratuita que permita valorar su dignidad". Por ello sólo "se puede estar plenamente presente ante el otro si uno se entrega 'porque sí', olvidando todo lo que hay alrededor", se dice aquí. "Porque sí": jeso es precisamente la "gratuidad"! Y esto nos recuerda de nuevo lo que ya decía más arriba san Bernardo sobre el amor, pues el amor no exige razones, sino que simplemente 'el amor ama'. Escribía este gran santo y Padre de la Iglesia -y la frase viene es

---

60 Cfr. Ef. 1, 3; ver también 1 Cor. 1, 4-5; 12, 4-11.

61 Cfr. Col. 1, 15-20.

62 "Le Porche du mystère de la deuxième vertu", Nouvelle Revue Française, 1916, pp. 251-288 ("El pórtico del misterio a la segunda virtud", Encuentro, Madrid 2002).

63 1 Cor. 13, 13.

precisamente de sus sermones sobre el Cantar de los cantares- “Amo porque amo; amo por amar” (“amo quia amo, amo ut amem”)<sup>64</sup>. El amor, pues, encierra en sí mismo su propia justificación. No amamos para recibir algo a cambio. El amor no se somete a la corta medida de la justicia distributiva; no, para nada. Va más allá; va siempre más allá. Y es san Pablo quien una vez más lo dice diáfano: “sin límites”. “El amor excusa [es decir: perdona] sin límites. Cree sin límites. Espera sin límites. Soporta sin límites”<sup>65</sup>. Otra traducción dirá simplemente: “todo”: lo perdona, cree, espera todo. En el fondo es lo mismo. El hecho es que el amor es total; si no, no sería verdadero amor. O por lo menos no se trataría de verdad del amor cristiano, del amor de Cristo. Y por eso el amor matrimonial cristiano es total, “sin límites”, como también lo ha de ser el amor familiar, sobre todo si se trata del amor familiar entre quienes creen en Cristo, entre bautizados.

Por tanto, se ama “porque sí”; pero también se añade: “olvidando todo lo que hay alrededor”. Esto se explica bien cuando a continuación se dice que “el ser amado merece toda la atención”. En ese sentido, el Papa Benedicto XVI decía en la homilía de Navidad el 24 de diciembre del 2006 que el mejor regalo que podemos hacer al prójimo es nuestro tiempo. Claro está que se refería a un tiempo realmente dedicado al otro, en el que se centra nuestra atención de verdad en la otra persona, en ella o en él; tiempo en que escuchamos al prójimo con atención y buscamos conocerlo y conocer sus inquietudes, sus puntos de vista, sus planes y proyectos, sus alegrías, pero también tiempo en que lo acogemos de tal manera que nos puede compartir sus penas y fracasos, sus sufrimientos. ¡Un tiempo de verdad humano y cristiano que puede generar tanto! Lo cual ha de actuarse primero en la propia familia. “Entre tantos regalos que compramos y recibimos -añadía el Papa- no olvidemos el verdadero regalo: darnos mutuamente algo de nosotros mismos. Darnos mutuamente nuestro tiempo. Abrir nuestro tiempo a Dios. Así la agitación se apacigua. Así nace la alegría, surge la fiesta”.

Por eso, al hablar de cómo los demás “merecen toda nuestra atención” y nuestro tiempo, la AL nos propone como modelo nada menos que al

---

64 “Sermones in Cantica Canticorum”, 83, 4.

65 1 Cor. 13, 7.

mismo Jesús, pues -comenta el documento- “cuando alguien se acercaba a conversar con él, [Él] detenía su mirada, miraba con amor (cfr. Mc 10, 21)”. Y continúa: “Nadie se sentía desatendido en su presencia, ya que sus palabras y gestos eran expresión de esta pregunta: ‘¿Qué quieres que haga por ti?’ (Mc 10, 51)”. Como vemos, se trata de un “tiempo de calidad” -como se suele decir- reservado al prójimo. Y, de hecho, éste es el mejor empleo de nuestro tiempo: la atención al prójimo, una atención total y sincera, “de calidad”, lo cual se traduce, en lenguaje cristiano, simplemente como llena de amor.

Ahora bien -insiste la Exhortación-, “eso se vive en medio de la vida cotidiana de la familia”, ya que “allí recordamos que esa persona que vive con nosotros lo merece todo, ya que posee una dignidad infinita por ser objeto del amor inmenso del Padre”. ¡Qué importante es el que vivamos en familia convencidos de esta gran verdad: “el otro lo merece todo”! Por tanto, los demás, comenzando por quienes ha puesto Dios a nuestro lado, aquellos con quienes vivimos, es decir nuestra propia familia, debieran experimentar justamente eso en mi mirada, en mis palabras, en mi actitudes y actos hacia ellos; mi familia, y en realidad más allá del círculo estrecho de ella, todos, debieran experimentar eso: el amor que Dios les tiene -nos tiene a cada uno de nosotros-. Mi sola presencia debiera hacer sentir a los demás el amor de Dios, pudiendo así encontrar, refrendar, acrecentar el sentido profundo y bello su misma existencia, ese “sentido” que finalmente es Cristo mismo. Por eso el mismo Benedicto XVI añadía en esa misma homilía citada más arriba: “Para vivir, el hombre necesita pan, fruto de la tierra y de su trabajo. Pero no sólo vive de pan. Necesita un sustento para su alma: necesita un sentido que llene su vida”. Y es que el sentido pleno de la propia vida es sólo Dios. Mas Dios se vale de nosotros, de cada uno de nosotros, para ‘hacérselo saber’ a los demás, para ‘hacerles saber’ su Amor infinito por ellos, por cada uno de nosotros. En ese sentido, los cristianos somos -debemos ser- verdaderos instrumentos de Dios, portadores de Dios, reflejo de Dios para los demás.

Es pues, de esta “atención”, es decir de este centrarnos en el prójimo por amor y para manifestarle el Amor de Dios con nuestra presencia, con nuestros actos, con todo nuestro ser, para que el otro experimente a Dios mismo en su vida; es de este ‘hacer saber’ al otro de parte de Dios Su

Amor infinito por él o ella; es de ese ‘hacer sentir’ tal Amor que “brota la ternura, capaz de ‘suscitar en el otro el gozo de sentirse amado”, lo cual “se expresa, en particular, al dirigirse con atención exquisita a los límites del otro, especialmente cuando se presentan de manera evidente”<sup>66</sup>. Esta afirmación, la cual -nos parece- expresa el “leit motiv” de todo el pontificado de Papa Francisco -con su insistencia en considerar a la Iglesia y al mundo como un “hospital de campo” en estos tiempos que corren-, encierra una actitud ante el otro realmente evangélica. En realidad aquí el “otro” se convierte de verdad en “prójimo”, es decir en alguien “próximo”, cercano, hermano, compañero de viaje. Se trata, pues, de una actitud realmente cristiana, pues, como ya se hacía ver antes al poner como modelo de tal “atención” a Cristo, fue Él mismo quien nos mostró con sus palabras, pero sobre todo con sus obras, con su vida toda, precisamente eso: una atención exquisita a nuestros límites, y sobre todo ante nuestras fragilidades más evidentes. ¿No es acaso ésa precisamente la experiencia que todos tenemos en nuestra relación con Cristo? De manera especial podemos vivir y palpar esto en el sacramento de la penitencia, en la Confesión, pero no sólo. Quien desarrolla, pues, una real y sincera relación con Jesús, no puede sino experimentar esto precisamente. Ahora bien, como decimos, todo esto que se viene diciendo se aprende en la familia, y es ahí por donde se ha comenzar. Si no -parafraseando el conocido proverbio- corremos el riesgo de ser “candil de la calle y oscuridad de la casa”; lo cual sería muy triste. Pero, por otro lado, la Exhortación habla también de la dimensión ad extra, “hacia afuera”, de la familia, anotando que “bajo el impulso del Espíritu, el núcleo familiar no sólo acoge la vida generándola en su propio seno, sino que se abre, sale de sí para derramar su bien en otros, para cuidarlos y buscar su felicidad”. Es decir, no se cierra en sí misma. Y aquí una vez más la AL se refiere a Juan Pablo II, cuando dice que “esta apertura se expresa particularmente en la hospitalidad”, virtud por medio de la cual la familia se convierte en “símbolo, testimonio y participación de la maternidad de la Iglesia”<sup>67</sup>. No por nada la familia es considerada desde los primeros siglos del cristianismo como una

---

66 El texto proviene de la Relación final del sínodo 2015, n. 88. Sobre este tema habría que releer y meditar los documentos magisteriales profundísimos y bellísimos de Juan Pablo II: Exhortación apostólica post-sinodal sobre la Reconciliación y la Penitencia en la misma de la Iglesia hoy Reconciliatio et paenitentia de 1984 y también la Carta Encíclica sobre la misericordia divina *Dives in misericordia* del 1980.

67 *Familiaris consortio*, nn. 44 y 49.

“iglesia doméstica” -término recogido después y asumido plenamente por el Concilio Vaticano II <sup>68</sup>-, es decir una pequeña iglesia, además de ser el núcleo primero y célula fundamental de la sociedad misma. Para refrendar esta dimensión social de la familia cristiana en el mundo, el documento también nos recuerda algunos aspectos comunitarios de la familia según la doctrina social de la Iglesia: “El amor social, reflejo de la Trinidad, es en realidad lo que unifica el sentido el sentido espiritual de la familia y su misión fuera de sí, porque hace presente el kerygma con todas sus exigencias comunitarias. La familia vive su espiritualidad propia siendo al mismo tiempo una iglesia doméstica y una célula vita para transformar el mundo”<sup>69</sup>. “Abrirse”, pues, “salir de sí”. En definitiva, diríamos parafraseando al Papa Francisco, la familia cristiana es y debe ser siempre también “una familia en salida”.

El último párrafo de la Exhortación habla de “la dimensión última y definitiva de nuestra existencia”, en la que -dice el documento- “están insertas” tanto “las palabras del Maestro (cfr. Mt 22, 30)” como “las de san Pablo (cfr. 1 Co 7, 29-31)”; una “dimensión” -concluye- “que necesitamos recuperar”. En efecto, en el mundo actual, tan prendido de lo inmediato, de lo momentáneo, de lo instantáneo, nos urge volver a considerar la perspectiva de lo “último y definitivo”, es decir de lo que permanece para siempre, de lo eterno. Y aquí es sumamente interesante la referencia a las palabras de Cristo y a las del Apóstol. Pero el documento no cita las palabras mismas; sólo hace referencia a ellas. El pasaje del Evangelio aquí referido es aquel en el que unos saduceos, que niegan la resurrección de los muertos, se acercan a Cristo y le preguntan qué pasará en la ‘supuesta’ -para ellos- otra vida -es decir el cielo- con una mujer que haya estado casada con siete hombres. Pues bien, nos parece interesante y conveniente explicitarlas: Cristo les responde: “Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como ángeles en el cielo”. Diciendo esto, el Señor mismo nos hace ver cómo el matrimonio, al elevarlo Él a sacramento, se ha convertido en algo mucho más grande que la base del género humano, como medio para la procreación y la educación de la prole; el Señor he hecho del

---

68 Lumen gentium, n. 11. Ver también lo ya comentado sobre el tema en el Tema 2.

69 Se reenvía aquí al Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, emitido por el Pontificio Consejo “Justicia y Paz” en el 2004, nn. 248-254.



matrimonio que sea algo mucho más que la célula fundamental de la sociedad, y por lo tanto de la Iglesia -como Ella misma indicó en el Concilio Vaticano II y en lo que tanto insistió san Juan Pablo, como hemos venido comentando-, que vive inmersa en la sociedad humana. Cristo ha sublimado, es más ha divinizado esta realidad humana que es el matrimonio al elevarla a sacramento -y, por medio de éste, lo mismo podemos decir de alguna manera respecto a la familia-. Desde entonces el matrimonio es medio de salvación a pleno título, como lo son los demás sacramentos. Y sólo bajo esa óptica se pueden comprender a fondo las palabras de Jesús en el Evangelio: “En la resurrección [...] serán como ángeles en el cielo”. De hecho, ya desde el libro del Génesis, desde la creación del hombre como varón y mujer, como seres complementarios, se presenta el matrimonio como “ayuda”<sup>70</sup>: ayuda para complementarse, para realizar en totalidad la naturaleza humana en sus únicas dos formas, que son las de varón o mujer<sup>71</sup>. Ello ya supera un significado meramente pragmático del término; pero aquí se supone una “ayuda” para un fin trascendente, el cual sólo quedará del todo patente en el Nuevo Testamento, con la plenitud que alcanza el matrimonio desde la perspectiva de la redención y su elevación a sacramento por obra de Cristo mismo. Así, se ha de considerar el matrimonio ante todo como medio para salvarse, para salvar al propio cónyuge y a uno mismo -ya que el amor de caridad se aplica sobre todo a tal fin salvífico, pues para eso esencialmente se encarnó, murió y resucitó Nuestro Señor-; y su fin natural de procrear y educar a los hijos, se dirige también, finalmente, a su salvación eterna.

## 5. Caso o hecho de vida.

### MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II A LAS FAMILIAS MEXICANAS

“Para cada familia en particular el Papa quisiera poder decir una palabra de aliento y de esperanza:

---

70 Cfr. Gen. 2, 20-25.

71 Cfr. Benedicto XVI, Discurso a la Curia Romana con ocasión de Navidad, Sala Clementina, 21 de diciembre de 2012. Ahí el Papa, hablando de la familia, hace una reflexión lúcida y extraordinaria sobre este tema de la creación del hombre y la mujer como seres complementarios; ahí mismo el Santo Padre ya desenmascara a la ideología del así llamado “género” (“gender”), de manera clara y esencial, como suele hacer este Papa con su gran sabiduría, su gran inteligencia de las cosas humanas y divinas y su gran cultura humana y teológica.

Ustedes, familias que pueden disfrutar el bienestar, no se cierren dentro de su felicidad; ábranse a los otros para repartir lo que les sobra y a otros les falta.

Familias oprimidas por la pobreza, no se desanimen y, sin tener el lujo por ideal, ni la riqueza como principio de felicidad, busquen con la ayuda de todos superar los pasos difíciles en espera de días mejores.

Familias visitadas y angustiadas por el dolor físico o moral, probadas por la enfermedad o la miseria, no aumenten a tales sufrimientos la amargura o la desesperación, sino amortiguar el dolor con la esperanza.

Denle así al Papa la alegría de verlas crecer en los valores cristianos que son los de ustedes, para que México encuentre en sus millones de familias razones para confiar, para esperar, para luchar, para construir”.

Enero de 1979

## 6. Preguntas para la reflexión en familia:

- ¿Somos de verdad como esposos, el uno para el otro, “cooperadores de la gracia y testigos de la fe”? ¿Lo somos también, en cuanto padres de familia, para nuestros hijos?
- ¿Hemos sabido fomentar en nuestra familia ese sentido de apoyo mutuo incondicional, que se traduce en un “curarnos” nuestras heridas, fragilidades y debilidades los unos a los otros? ¿Estamos siempre dispuestos, sin condiciones, a ayudarnos entre nosotros?
- ¿Deseamos y buscamos ver a Cristo en el prójimo, comenzando con los más “próximos”, que son mis papás, mis hermanos, todos los de casa?
- ¿Busco conocerlo en el Evangelio para después tratar de imitar su amor por todos, comenzando por los que más necesitaban de su presencia, de mirada, de su amor?

7. **Compromiso.** Cada uno de los integrantes expresa su compromiso para realizarlo en su familia.

## 8. Oración

*“Santa familia de Nazaret,  
haz tomar conciencia a todos*

*del carácter sagrado e inviolable de la familia,  
de su belleza en el proyecto de Dios”.*

*Jesús, María y José, concédannos la gracia de ser “cooperadores de la Gracia de Dios”, instrumentos del Amor de Dios para los demás. Les pedimos así mismo la gracia de ser auténticos “testigos de la fe” para todos, comenzando por nuestra propia familia. Sabemos que en principio tal deber sobre todo compete a nosotros padres de familia; mas sabemos también todos, padres e hijos, y todos los miembros de la familia estamos llamados ser esos “colaboradores” y “testigos” de la fe, del amor y de la esperanza. Por otra parte, somos conscientes de que no es fácil perseverar en esa actitud, en esa misión, y por eso les pedimos su intercesión ante Dios, Nuestro Señor. Les pedimos también su ayuda para que aprendamos a brindar una atención real, total y amorosa a los demás; para que aprendamos a cuidar unos de otros por amor e integralmente, es decir que sepamos preocuparnos por el bienestar físico, psíquico y espiritual de los demás, y sobre todo de este último. Ayúdennos a que sepamos preocuparnos del alma de los demás miembros de la familia, de la de la paz de su conciencia, de la felicidad de su corazón, de la salvación de sus almas. Que nosotros, papás, nos preocupemos el uno del otro como esposos; que ambos nos preocupemos de nuestros hijos. Que nosotros hijos, nos preocupemos de nuestros papás y de nuestros hermanos. Que todos nos preocupemos de los abuelos, familiares, parientes todos y amigos. Les pedimos la gran gracia de saber ver a los demás “con los ojos de Dios” y de “reconocer a Cristo” en todos. Para ello les pedimos nos concedan un corazón puro y sin prejuicios que nos permita valorar la dignidad inviolable de todos como personas e hijos de Dios. Jesús, María y José: queremos mirar a los demás con la mirada de ustedes. Sobre todo queremos ver siempre a los demás con la mirada con que tú, Jesús, mirabas a todos, según vemos en el santo Evangelio. Ayúdennos a recordar que la familia -y el mundo también- es como un “hospital”, en el que se auxilia y se cura a los más débiles, a los que sufren, a los más necesitados, pues la debilidad y la miseria es parte de nuestra naturaleza humana. Ayúdennos a querer curar las heridas y consolar a todos; a saber y querer llenar la soledad del que la padece; a ser ‘la ternura de Dios’ para todos; a ejercer el “pastoreo misericordioso” de la caridad y del perdón con todos. Somos conscientes de nuestra debilidad; pero también sabemos que la Gracia*

*de Dios es nuestra Fuerza, tal y como lo enseña el gran Apóstol cuando dice: "Cuando soy débil entonces soy fuerte". Ayúdenos para que también veamos no tanto nuestra flaqueza, sino sobre todo el Poder de Dios, en Quien también, como san Pablo, hemos puesto toda nuestra confianza. Finalmente, les pedimos que nos ayuden a no ser una familia cerrada en sí misma sino siempre abierta a las demás familias, sobre todo a las que más nos necesiten. Finalmente, concédannos la gracia de no olvidar esa "dimensión última y definitiva de nuestra existencia", y así un día nos podamos reunir todos como familia, con ustedes y con Dios Padre y con Dios Espíritu Santo y con todos los santos en el cielo, en medio de la gran familia de Dios, y así alcanzar el amor infinito y la felicidad que no termina, que tú, Jesús, viniste a prometer y a dar, indicándonos el camino para -en lo poco, poquísimo que podemos merecerla.*

*"Jesús, María y José, escuchad, acoged nuestra súplica. Amén".*